

Precio 15 cts.

Reproducción

Como III, No. 56.—28 de febrero de 1921

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

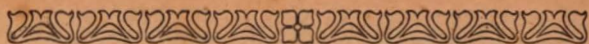
1. *Acerca de un monumento*
2. *Problema del progreso*
3. *El pecado venial*
4. *Cumpliendo con una obligación*
5. *La alegría como medicina*
6. *In parvo*

Administración y primer lugar de venta: Botica La Dolorosa.

Descuento a los compradores de diez o más ejemplares de una misma fecha: 25 por ciento.

Venta por menor: Librería Tormo, Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Trejos Hnos.



EN PRENSA

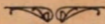
CRONICAS COLONIALES

ESCRÍBELAS

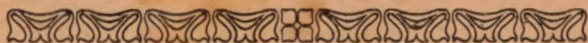
RICARDO FERNANDEZ GUARDIA



CONSTARA DE 23 CRONICAS
RELATIVAS A LA VIDA COLONIAL



Editores:
TREJOS HERMANOS



REPRODUCCION

Tomo III.—No. 56.— 28 de febrero de 1921

Acerca de un monumento

Cartago, febrero 7 de 1921.

Señor don Luis Felipe González,

Heredia.

Señor mío:

Al incluirle mi óbolo para el monumento del inspirado Maestro Gutiérrez, cuyo himno trae al espíritu cuantas ideas dulces asociamos a la de patria, felicito a ustedes por la obra de piedad que tratan de realizar. Ningún momento podía ser más oportuno para la consagración de la memoria del autor de nuestro himno nacional. La patria, si nos cruzamos de brazos, está a punto de desvanecerse, sacrificada ante otra, que, con portentosa falsedad histórica, llaman LA GRANDE y LA ANTIGUA, y que sólo ha existido en la fantasía meridional de los Tartarines unionistas, a quienes los valores de unas cuantas frases sonoras mantienen en una em-

briaguez perpetua de optimismo, de credulidad y de vana presunción de posible grandeza centroamericana. Tartarín de Tarascón creía a pie juntillas que cazaba leones del desierto africano; y los criollos, soñando despiertos, si no estrangulan, cuando menos hacen huir despavoridas a las águilas del norte. ¡Oh Tartarines prodigiosos!

Para que haya patria, según Renán, es preciso “haber hecho grandes cosas juntos en el pasado, y querer seguir haciéndolas en el porvenir”; y nosotros, los centroamericanos, ni nunca hicimos juntos durante el espacio de la federación, corto por el tiempo, pero demasiado largo por las calamidades políticas, cosa de provecho para los pueblos, y menos, gloriosa; y ni siquiera vivimos entonces juntos, a no ser que la vida en común a que se refieren sea la de las fieras que en el mismo bosque viven juntas, aunque sea devorándose las unas a las otras. Hay ciertas cosas que todavía duran del tiempo de la federación. No todo se derrumbó con Morazán. Por ejemplo, las prisiones políticas en el antiguo y fatídico castillo de Omoa. El año de 1827, después de la derrota del

Jefe Herrera, fueron enviados partidarios suyos "a respirar los miasmas mortíferos de las bóvedas de Omoa", según las propias palabras del justiciero historiador Marure; y en el año de 1921, a un siglo de distancia, el ilustre doctor Medal, don Fausto Dávila, don Francisco López Padilla y una docena de compañeros de infortunio más, respiran los mismos mortíferos miasmas de las bóvedas de Omoa. Antier nos lo decía un periódico; y al día siguiente otro nos anunciaba, publicando jubilosos telegramas de Honduras, que el Congreso había ratificado, por aclamación, el pacto de San José de Costa Rica. ¡Grande lástima que también por aclamación no hubiera el Congreso puesto fin a las torturas que sufren aquellos presos políticos, y no hubiera abierto de par en par las puertas de aquellas mazmorras de Omoa! Mal acompañamiento para los vítores por la unión, el de las cadenas de los encalabozados políticos. Los que dan trato inhumano a sus hermanos, no serán más compasivos con sus primos. Tengámoslo presente.

Volvamos los ojos a cosa más placentera; pensemos en el Maestro Gu-

tierrez y en su creación feliz; y apresurémonos a honrar su memoria, porque si el actual Gobierno logra obtener su primer triunfo político, el de arrojarnos al despeñadero de la unión, mañana ¿quién ni para qué se habría de acordar del compositor del himno nacional de una patria que no existe, que no supimos, que no quisimos conservar?

Su atento y seguro servidor,

RICARDO JIMÉNEZ

Del *Diario de Costa Rica*.

El problema del progreso

El problema del progreso es el título que he dado a uno de los capítulos principales de mi libro *El Sentido de la Historia*.

El tema es uno de los más esenciales, de los más angustiosos también, que puedan preocupar al espíritu humano. ¿Existe un progreso en las condiciones de nuestra especie? ¿En qué consiste? ¿Cuál es su utilidad, su valor

para nosotros? ¿Cuáles son sus leyes? ¿A qué tiende, a qué conduce? Cuestiones arduas todas, a las que importa buscar una respuesta para no vivir como brutos inconscientes, que siguen sus impulsiones orgánicas sin tener ideas sobre su origen, su naturaleza y su finalidad y sin sentir la necesidad de comprender lo que hacen ni de saber a dónde van.

Jamás ha sido tan necesario como ahora el iluminar siquiera un poco la profunda oscuridad en que la pobre humanidad sigue a tientas un sendero desconocido que va orillando abismos espantosos y sembrado de piedras, en que tropieza dolorosamente a cada paso. Al contemplar el espectáculo actual del mundo, hasta espíritus nada inclinados por su índole al pesimismo, desesperan del progreso, niegan su posibilidad y preguntan con amargura ¿para qué hacer el menor esfuerzo? Hay que inclinarse ante la desolada sabiduría del Eclesiastés: "Lo que ha sido, será siempre." El mal es eterno y el porvenir no promete ninguna mejora.

En ninguna época la humanidad ha sido más feroz ni ha sido tan feroz como

ahora. En todas partes se mata, se asesina, se aniquila. Cinco años de matanza, en la más grande escala de destrucción salvajemente ciega, no han bastado para aplacar la sed de sangre y apaciguar el furor asolador de los jefes y de las masas de los pueblos. En todas partes se vuelve deliberadamente hacia la barbarie de los tiempos más remotos, que se creía abolida para siempre. Todos los beneficios de la civilización desaparecen uno por uno. Las épocas de sombra se habían vuelto una leyenda. De aquí que vuelvan a ser una espantosa realidad. Estábamos orgullosos del desarrollo de las comunicaciones; ya casi no existen, gracias a la falta de barcos, al mal estado de las vías férreas, a las huelgas en todos los puertos, en todas las líneas, y a los paros impuestos por brutales decretos de gobiernos regulares o por tiranías militares o insurrectas. El ciudadano se jactaba de su libertad, fruto de luchas heroicas y de nobles sacrificios seculares; ha vuelto a caer en la más profunda degradación de la servidumbre, es el trémulo esclavo del esbirro, instrumento automático de una autoridad

despótica: es despojado de todo derecho, de toda dignidad, de toda voluntad autónoma; sólo la policía reina y gobierna, el individuo es el prisionero maniatado por órdenes que lo humillan, y lo maltratan, pero a las cuales le es imposible substraerse. Le era lícito, fácil, al hombre que se encontraba en condiciones desfavorables, el buscar otro país, otro clima, otra sociedad en que esperaba emplear más útilmente sus capacidades y encontrar más fácil la lucha por la existencia; ya no le es dable el ir libremente de un país a otro; tropieza por todas partes con barreras cerradas; está condenado a quedar allí donde se encuentra, como en una cárcel, aunque tenga que sufrir allí y perecer mientras que bajo cielos más clementes estuviera seguro de prosperar, y de encontrar la felicidad quizás. De la tragedia de la gran guerra pareció que por lo menos querían desprenderse algunas ideas generosas; la liga de las naciones, tribunal supremo que velaría por la conservación de la paz en la justicia y en el orden sobre toda la superficie del globo, el sometimiento de los Estados como de los individuos a

las leyes de la moral y del derecho establecido, el reconocimiento del carácter sagrado de los tratados jurados. Pues bien, la liga de las naciones ha sido reducida a una sombra impotente para imponer sus decisiones a quien quiera que sea.

Los teóricos del derecho público siguen sosteniendo y enseñando que un Estado soberano está por encima de toda moral corriente, que él es la única fuente del derecho que lo rige y que no debe conocer más ley que su interés, así como los tratados no han dejado de ser unos papeluchos a los que no se tiene en cuenta y con los que se hacen pelotillas si su ejecución ha de causarle la menor molestia al firmante.

En presencia de esta regresión espantosa, que rebaja la condición actual del mundo civilizado a la que pudo existir en tiempos de Ramsés II o de Senakérib, se saluda con satisfacción un libro que lleva este título alentador: *The idea of progress, La idea del progreso*. El autor de esta obra que acaba de aparecer es J. B. Bury, profesor de historia moderna en la universidad de Cambridge. Un trabajo anterior del

mismo autor, *History of freedom of thought, Historia de la libertad del pensamiento*, predispone inmediatamente en favor del nuevo volumen.

Aunque sea muy prolijo en el estudio de los hechos y aunque emplee el método alemán más meticuloso en la exploración de las fuentes, Bury no se limita a ser un visitante asiduo de los archivos y un coleccionista de citas buscadas en viejos libros y en documentos enmohecidos, sino que sabe sacar conclusiones generales de incidentes particulares, elevarse a vistas de conjunto y discernir las leyes de que los hechos concretos son la manifestación.

Limitándose a su paso de historiador y absteniéndose modestamente de ser moralista y filósofo, Bury no discute la idea misma del progreso, pero nos cuenta en forma completa su desarrollo y sus destinos a través de los siglos.

A los espíritus superficiales les parece natural e indiscutible que la humanidad ha creído siempre en el progreso, habiéndolo comprobado a cada paso a su rededor. Bury nos muestra que es ese un singular error.

Los antiguos no concebían en manera alguna la civilización como una marcha hacia adelante, hacia fines nobles y dignos, ocultos aún en la distancia, a los que nos fuéramos acercando cada vez más, ni el estado del mundo como yendo lentamente, gradualmente pero incesantemente, hacia el mejoramiento. Por el contrario, estaban convencidos de que la bella época de la humanidad estaba en el pasado, que era allí donde era preciso buscar la edad de oro, la cual iba degradando a medida que se iba alejando de aquél; que el presente no valía lo que los tiempos precedentes y que no había nada que esperar del porvenir. Bury, fiel a su procedimiento, no trata de explicar ese pesimismo. No es, sin embargo, muy difícil de comprender. Los griegos lo mismo que los romanos, no estaban encantados con el estado de cosas que observaban y que sentían en su carne. Padecían los mismos males que nos hacen todavía sufrir y que Shakespeare resume lapidariamente en el monólogo de Hamlet. No sentían ya los dolores de sus antecesores, y su imaginación, polarizada en la dirección

de sus deseos y aspiraciones, les daba la ilusión de que sus padres no debían de haber conocido sus propios tormentos. El descontento demasiado justificado de la realidad y la sed de una existencia deliciosa daban lugar a ensueños de una dicha terrestre que estaba situada en el pasado: éste parecía al espíritu simplista, más real, más concreto y positivo que el porvenir, vago, nebuloso como todo lo que aún no ha nacido.

La idea del progreso ha sido completamente ajena al cristianismo. Para él todo lo que es secular es necesariamente malo, y por lo demás sin importancia. Lo esencial es la fe, y toda esperanza en una redención del mal y en el advenimiento de lo verdadero, lo bello y lo bueno está en el más allá. (1) Es preciso llegar hasta el Renacimiento para encontrar las primeras manifestaciones de una creencia en la marcha de la humanidad hacia

(1) Por consiguiente, la idea de progreso no fué completamente extraña al primer cristianismo, como no lo es al actual. Quien espera el advenimiento de lo verdadero o lo bello o lo bueno en el más allá, es realmente progresista, aun cuando, superficialmente, no parezca cuidarse del progreso terrenal.

E. J. R.

un mejor porvenir, hacia una más amplia expansión de la razón, hacia una moral más elevada y más general, hacia un perfeccionamiento del individuo y de la sociedad. Es verdad que los primeros apóstoles de esta nueva fe optimista se detenían sobre todo en el aspecto intelectual de la vida. Lo que alentaba su esperanza y les inspiraba consoladora confianza en un adelanto sin límites era el refinamiento visible de los espíritus de las gentes cultas. Ulrico de Hutten podía exclamar con entusiasmo: "Las ciencias florecen, es una dicha vivir!" El número de los eruditos iba aumentando, se leía, se escribía cada vez más libros—¿qué mejor prueba del mejoramiento del hombre? Juan Bodin, menos ingenuamente libresco que su contemporáneo alemán, sabía mirar más allá de la literatura. Comprobaba el ensanchamiento del horizonte humano por el descubrimiento de América; el nacimiento del poder del hombre por la imprenta, la pólvora y la brújula. Pero si los mejores espíritus estaban de acuerdo para reconocer esos progresos de los conocimientos

y de la cultura intelectual, se estaba aún lejos de admitir un mejoramiento moral y social paralelo.

El primero que lo aseguró con una confianza segura y comunicativa fué el abate de Saint Pierre. Ni Montesquieu ni Voltaire estaban tan ciertos; Rousseau lo negaba con toda la vehemencia de su temperamento arrebatado. Abundaba en razones en el sentido de los antiguos: como para ellos, para él también la edad de oro estaba en el pasado; el primitivo, el noble salvaje inocente y bueno, representaba el tipo superior del hombre; la civilización lo había deteriorado; ella significaba la decadencia y la depravación. Su retórica apasionada pudo seducir a sus lectores, pero su doctrina no los convenció: su opinión no fué compartida por nadie.

Solamente en el siglo XIX la idea del progreso salió de la faz de la declamación y del razonamiento teórico y abstracto para tomar forma científica. Darwin trató de demostrar que en la naturaleza orgánica reina la ley del desarrollo constante hacia una más perfecta adaptación de los seres vi

vientes a su tarea o función orgánica, es decir, a la conservación y a la intensificación de la vida, y Herbert Spencer ha establecido sobre las mismas bases su sistema de evolución. Después de haber descrito luminosamente el detalle de esta marcha del concepto del progreso desde el pesimismo de los griegos, de los romanos, de los primeros cristianos, hasta el optimismo de los modernos, elogiando sin cesar los triunfos cada vez más deslumbrantes del espíritu humano, que se manifiesta en invenciones maravillosas, en descubrimientos sorprendentes, en la creación de instituciones admirables, Bury llega, finalmente, sin embargo, a la comprobación de que la afirmación del progreso ilimitado se ha vuelto un dogma que se proclama como una doctrina religiosa, revelada, que exige una fe ciega, pero que sería muy difícil probar con hechos y con argumentos razonados.

Y tal es la verdad. Lo que se puede comprobar con la observación es la sentencia de Heráclito. Todo es un flujo continuo, todo está en movimiento, todo es transformación perpe-

tua. La evolución es, pues, un hecho cierto. (1) Pero aquí la ilusión entra en juego. El espíritu humano, desprevenido contra su error, confunde el cambio con el mejoramiento. Jerarquiza arbitrariamente estados sucesivos. Asigna al estado posterior un rango más elevado. Spencer no cometió este error. Define claramente la evolución como la marcha de lo simple a lo complicado, de lo homogéneo a lo diferenciado, pero no atribuye un significado moral a la complicación y a la diferenciación. Comprueba un fenómeno, no establece una escala de valores éticos.

El estimulante de toda actividad del hombre y, por otra parte, de todo organismo, aun el rudimentario, es su sensibilidad, que le hace experimentar sensaciones de placer y de dolor. Trata de escapar a éste y de alcanzar aquél. Haciendo esfuerzos para salir de las condiciones que le producen impresiones penosas: desea, espera hacer cesar

(1) Si la evolución es un hecho cierto, el progreso está demostrado y no se comete error al atribuir un significado moral a la diferenciación. De otro modo, ¿qué sentido tendría la ley de la *más perfecta adaptación de los seres a su tarea*? ¿Cuál es el criterio de perfección si no es el de menor esfuerzo y mayor placer?

E. J. R.

estas impresiones y obtener sensaciones agradables. De allí la idea de que modificación quiere decir mejoramiento. De allí el prestigio del concepto de progreso.

Sin duda, somos más fuertes que nuestros antecesores. Pero ¿somos más felices? Mirad en vuestro rededor y en vosotros mismos, y tendréis la respuesta de esa pregunta. El aspecto de la tierra ha cambiado; la suma del mal sobre la tierra no ha disminuído.

Para no terminar con impresión demasiado dolorosa, convengo en decir, no ha disminuído aún. Puede que más adelante...

MAX NORDAU

El pecado venial

Ningún santo cenobita más atormentado por Satanás con diabólicas tentaciones, ninguno más fuerte en combatir las.

Para todos los sentidos y potencias brindó halagos irresistibles; riqueza, poderío, amores de la carne y amores del espíritu; era un continuo pasar ante su

vista de suntuosos cortejos en que todas las glorias de la tierra triunfaban esplendentes. De Babilonia, de Asiria, de Grecia y de Roma, grandezas, victorias y lujurias, Belkis y Semíramis, Aspasia y Cleopatra y Mesalina, y Asuero y Salomón y los Césares monstruosos, y después Atila y Alarico vengadores, y después los pontífices soberanos de almas, y después los Médicis, señores del Arte....

Era todo el poder de la tierra divinizado en fuerza de excelcitud, eran todos los pecados, amables como virtudes a fuerza de ser embellecidos.

El santo cenobita imploró una tregua de su infernal enemigo; era enloquecer, era morir la continua lucha contra la tentación. Satanás tuvo una crueldad piadosa: pactemos. No volveré a combatir tu espíritu con tentaciones si consientes en un solo pecado, uno solo; toda tu vida después para llorarle arrepentido; si tu fe en la misericordia de Dios es tan grande, no desconfiarás de ser perdonado por toda una vida de penitencia libre de tentaciones. Creyó el santo que era una nueva tentación el pacto y, antes que

dudar de la misericordia de Dios, aceptó complacido.

—Un solo pecado. ¿Cuál ha de ser?

—Quiero ser generoso. Puedes elegir cualquiera de los tres que voy a proponerte: un homicidio, el pecado de lujuria o el de la embriaguez. Escoge.

El Santo pudo creer que Satanás se había hecho tonto. — Yo te prometo embriagarme.

—Pecado venial; ya ves a qué poca costa puedes verte libre para siempre de mis asechanzas. Y Satanás se alejó para siempre del santo solitario.

Dispuesto a cumplir su palabra encaminóse al punto el cenobita hacia el poblado más cercano, seguro de haber conseguido la tranquilidad de su espíritu y la salvación eterna a cambio del venial pecadillo.

A la entrada de un lugarejo halló un molino, y a la sazón molinero y molinera, en descanso, merendaban al aire libre, a la sombra de un emparado, en un huertecillo lindante con el molino. Cambiáronse saludos y bendiciones, y no sin un poco de cortedad y turbación atrevióse el santo a pedir un trago de vino; pusieronle un jarro

bien colmado delante, y por salir más pronto del mal paso, en menos que se dice, se lo embuchó muy lindamente, no sin espanto del buen matrimonio que al ver tan cumplidas despachaderas, no pudo menos de sonreír malicioso.

—¿Es verdad que se deja beber, hermano? Si le pide el cuerpo otro disciplinazo no lo deje por vergüenza de pedirlo, que nos sobra la voluntad para ofrecerlo sin que se pida.

Y con el mismo agrado volviéronle a presentar lleno el jarro, y con el mismo aire volvió a vaciarlo con gran algazara de molinero y molinera, que esta vez saltaron ya la risa sin miramiento.

Fué primero una caricia cosquilleante por todo el cuerpo; fué después una locuacidad dicharachera; fué después un himno a la vida y a la Naturaleza toda, como el mismo santo seráfico de Asís no lo entonara nunca en su más amorosa exaltación; fué, por último, abalanzarse sobre la molinera como bruto en celo, y fué la indignación de mujer y marido que a un tiempo, y con igual denuedo, la emprendieron a golpes contra el santo, y fué apoderarse el santo de un cuchillo que sobre la

mesa había y clavarlo con furia loca en el pecho del infeliz molinero, que ni pudo prevenir ni defenderse del inesperado arrebato....

Sólo al ver el cuerpo desplomado, desangrándose por mil heridas, volvió la razón a sobreponerse en el endiabrado espíritu del penitente. Comprendió con horror cuánta fué su soberbia al creerse superior en malicia a Satanás y cómo por haber escogido el menor de los tres pecados había caído en los tres por aquel solo.

Este es un antiguo cuento italiano que Miss Spinster tradujo al inglés para ser publicado en el boletín de una Sociedad de templanza, y que ahora se ofrece traído a nuestra lengua; a los muchos que, no teniendo ya que reformar en su vida y costumbres, sólo procuran en cualquier ocasión reformar las del resto de la humanidad. La gloria de Dios sea con ellos, que de la gratitud ni enmienda de los hombres empecatados poco han de lograr en este pícaro mundo, que tantos años lleva de pícaro para que pueda esperarse de él mejoría.

JACINTO BENAVENTE

Cumpliendo con una obligación

Un escritor alemán se duele con justicia de que en las revistas latino-americanas se reprodujera profusamente cuanta apreciación depresiva hubiera sido publicada en Alemania en contra nuestra, y nos pide igual medida para los escritores franceses, comenzando por el popularísimo Gustavo Le Bon. Voy a complacerlo por mi parte reproduciendo los mismos trozos por él señalados de *L'évolution psychologique des peuples* y de la *Psychologie du socialisme*, trozos ya bien conocidos y debidamente comentados en todas partes. Acerca del habitual desbordamiento o exageración con que habla el ilustre físico y sociólogo francés, nada tengo que agregar a lo que dije hace 16 años en *La Prensa Libre*, en la discusión que sostuve algunos días con el señor Prof. Brenes Mesén.

Dice Gustavo Le Bon en la primera de las obras citadas:

«La América meridional es, del punto de vista de sus producciones naturales, una de las comarcas más ricas del globo. Su población dominante, de origen español, está dividida en “numerosas” repúblicas: argentina, brasileña, chilena, peruana, etc. “Todas” han adoptado la constitución política de los Estados Unidos y viven, por lo tanto, bajo leyes “idénticas.” Todas estas repúblicas, sin una sola excepción, viven, *perpetuamente*, entregadas a la *más sangrienta* anarquía, y a pesar de las riquezas sorprendentes de su suelo, se hunden unas después de otras en dilapidaciones de “todo” género, en la bancarrota y el despotismo.»

«LA FALTA DE MORALIDAD, ESPECIALMENTE, EXCEDE A LO PEOR QUE CONOCEMOS EN EUROPA.»

Dice en la segunda:

«Consideremos en primer lugar las naciones de “más bajo nivel” en la escala de la civilización latina: las “veintidós” repúblicas latinas de América. “Todas, sin excepción, han llegado a aquella condición en que la decadencia se manifiesta en forma de la más completa anarquía” y en que un pue-

blo no puede menos de salir ganando si otra nación lo conquista, que sea suficientemente fuerte para gobernarlo. Pobladas por razas ya exhaustas, sin energía, sin iniciativa, sin probidad, sin fuerza de voluntad, las veintidós repúblicas latinas de América, aunque situadas en las comarcas "más ricas" de la tierra, son incapaces de hacer uso de sus "inmensos recursos." Viven de empréstitos europeos, destinados a ser distribuídos entre los piratas con nombre de políticos de que están compuestos los diversos bandos, los cuales, a su vez, tienen de socios a otros piratas de la banca europea, cuyo oficio es explotar la ignorancia del público y cuya culpabilidad es doble porque ellos conocen muy bien su oficio y saben, por eso, que los empréstitos no se pagarán nunca. El pillaje es "general" en estas infortunadas repúblicas y, como todos quieren tomar parte en él, la guerra civil es una institución "permanente" y los presidentes son "sistemáticamente" asesinados para que un nuevo partido, llegando al poder, facilite el enriquecimiento de sus adherentes. Este estado de cosas durará, por lo vis-

to, hasta el día en que algún aventurero de talento se ponga a la cabeza de unos pocos miles de hombres bien disciplinados, emprenda la conquista de esas tierras desventuradas y las sujete a una ley de hierro, la única ley que merecen naciones privadas de virilidad y honradez e incapaces de gobernarse a sí mismas.»

(Traducción de Sanin Cano).

E. J. R.

La alegría

como una gran medicina

A nadie le sorprenderá seguramente la noticia de que la zozobra, la inquietud, la aflicción, y todo lo que tienda a deprimir el espíritu, produce en nosotros un estado de abatimiento; en tanto que la alegría, la risa, la jovialidad y los pensamientos agradables sirven para conservarnos sanos, felices y afales, hasta que la Edad viene a arrullarnos en el sueño definitivo de la Muerte.

Esta ha sido fórmula gastada por

todos los filósofos cuyas obras sobreviven,—y probablemente también por sus antecesores, hasta los tiempos prehistóricos.

De una manera general sabíamos que esto era así, pero su explicación clara es una novedad científica.

Por experimentos fisiológicos con animales y hombres sabemos por qué la serenidad mental influye en la nutrición y en la circulación; por qué y cómo el placer afecta el sistema nervioso; cómo una vida de amor conduce a la longevidad, y por qué la felicidad tiene un valor económico.

Estas cosas son así porque las emociones tienen una base física, porque su influencia afecta el sistema nervioso autonómico o vegetativo, sistema que gobierna la respiración, la digestión, el metabolismo y en general las funciones automáticas. La acción de las emociones sobre este sistema tiende también a contraer o relajar las fibras musculares que regulan el diámetro de los vasos de la sangre, y, en consecuencia, hace variar la cantidad de ésta que circula por ellos, de la cual depende la nutrición de los tejidos.

Pero quizá el efecto más profundo y vital que las emociones causan en el organismo, consiste en lo que ellas hacen en el poder secretorio de las glándulas sin conducto, esos maravillosos reguladores de la máquina de nuestro cuerpo, cuyas funciones casi superan la fisiología y tocan los límites de la metafísica. Ellas son las que emiten la secreción necesaria que proporciona estímulo para el trabajo. Ellas proveen de incentivo para esa esencia material de la vida del cuerpo, que es el movimiento, y sirven para hacer de la "acción" una fuente de placer y satisfacción. Ellas cuidan de sostener nuestra cabeza hacia arriba, tanto física como mentalmente; por lo que, todo lo que estimula el bienestar físico conduce igualmente al bienestar mental.

Las emociones agradables hacen que los flúidos digestivos sean más libremente secretados, como lo demostraron el Prof. Pawlow y el Dr. Cannon en sus experimentos con perros. Porque cuando estos animales eran espantados, o simplemente inquietados, los músculos de sus estómagos se paralizaban temporalmente, los jugos digestivos se

negaban a fluir, y los alimentos fermentaban en el estómago. Cuando, por otra parte, los perros eran calmados o acariciados, el alimento era digerido rápidamente, y todo su sistema respondía al estímulo fisiológico del placer.

Las malas impresiones endurecen las arterias, y hacen la vida más corta y trivial. Ellas hacen decrecer la capacidad para el trabajo, reduciendo por lo mismo el poder de adquisición, lo que prueba que la alegría tiene su valor económico. Ellas disminuyen también la capacidad para los afectos, y hacen al que las posee menos agradable y amable.

Así es como la felicidad prolonga, ensancha y profundiza la vida, pues vuelve automático el deseo permanente de estar contento.

De todas las grandes medicinas fabricadas en el laboratorio de la ciencia, ninguna es tan importante, tan cierta, tan completa, y que tanto satisfaga, como la alegría.

DR. EDWIN F. BOWERS.

In parvo

Los señores Directores de los colegios oficiales han salido en cuadrilla a defender el orden de cosas en virtud del cual están ellos donde están, la mayor parte sin haber respirado jamás el aire de ninguna universidad. No me toca responder a sus afirmaciones estatistas, aunque más de una sea realmente exorbitante, cual lo es, por ejemplo, la herejía económica de que la libre competencia—o concurrencia—abaratara los artículos, pero empeora su calidad. ¡Quizás la magnitud de tales disparates ha valido a dichos Directores en esta ocasión el sobrenombre de *guardianes de la cultura nacional!*

El camino no es llano: para seguir hacia adelante es preciso a veces descender.

El momento es desolador, ciertamente. Hasta el más ferviente optimista se siente inclinado a dudar del progreso, hállese en Londres o en San José de Costa Rica. Llevamos

muchos años de caminar evidentemente hacia abajo. Pero yo no desespero. «Más pronto pasarán», me digo al ver subir de tono las barbaridades. Para tomarle el pulso a la situación, bastaría leer aquí dos de nuestros diarios: mientras en uno se alza la voz proclamando como máxima de derecho la desobediencia de las leyes cuando el que debe cumplirlas las juzgue inmorales (¿qué tal?), en otro se desbarra sin embozo saludando el advenimiento jurídico de la retroactividad de los códigos.

Al decir que la alegría es una gran medicina, se habla traslaticamente, con el buen fin de impresionar a quienes de intento deliberado cultivan la tristeza o el dolor, prolongando o intensificando los lutos, en prueba de amor al muerto o al ausente, o por otro motivo. La alegría no es medicina: es consecuencia obligada de la salud. El placer—mental, sexual u otro—sí es medicina; pero su elección, para curar, debe ser atinada, tanto como la de cualquier otra medicina.

E. J. R.